

PESIMISMO VITAL EN LA MEXICANEIDAD

VITAL PESSIMISM IN MEXICANNESS

Fernando Flores Bailón

Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) | México

Resumen

El presente artículo analiza el fenómeno del “pesimismo vital” o preteórico en la cultura mexicana, distanciándolo del pesimismo filosófico europeo. A diferencia de la teorización sistemática originada por la razón, este trabajo expone cómo el pesimismo en México se experimenta de manera irreflexiva e inmediata en la cotidianidad a través de la corporalidad, siendo producto de una historia marcada por la violencia de la conquista, el colonialismo y un espíritu derrotista. El autor sostiene que el desasosiego ante las adversidades no conduce a la pasividad, sino a una afirmación paradójica que se manifiesta en actitudes como el derroche, el hedonismo, una osadía temeraria y el conformismo. Asimismo, se argumenta que este derrotismo anímico, fundamentado en la creencia de que la vida carece de valor, debilita el contrato social, propicia el relativismo moral, fomenta la corrupción y motiva la búsqueda de soluciones expeditas. Finalmente, se concluye que es tarea de la filosofía mexicana estudiar y teorizar este pesimismo auténtico para sublimarlo, proponiendo así la futura transición hacia un pesimismo filosófico creativo y éticamente activo que permita a la sociedad encauzar su existencia con lucidez.

Palabras clave: pesimismo vital; mexicanidad; derrotismo; filosofía original

Abstract

This article analyzes the phenomenon of "vital pessimism" or pre-theoretical pessimism in Mexican culture, distinguishing it from European philosophical pessimism. Unlike systematic theorization originating from reason, this work explains how pessimism in Mexico is experienced in an unreflective and immediate manner in everyday life through corporeality, being the product of a history marked by the violence of the conquest, colonialism, and a defeatist spirit. The author argues that unease in the face of adversity does not lead to passivity, but rather to a paradoxical affirmation manifested in attitudes such as wastefulness, hedonism, reckless audacity, and conformism. Furthermore, it is argued that this emotional defeatism, founded on the belief that life lacks value, weakens the social contract, encourages moral relativism, fosters corruption, and motivates the search for quick solutions. Finally, it concludes that it is the task of Mexican philosophy to study and theorize this authentic pessimism in order to sublimate it, thus proposing a future transition toward a creative and ethically active philosophical pessimism that allows society to guide its existence with lucidity.

Keywords: vital pessimism; mexicaness; defeatism; original philosophy

Introducción

Al lector de las siguientes páginas quiero señalarle dos puntos fundamentales sobre el contenido del presente trabajo; primeramente, este trabajo representa una primera parte, la segunda parte aún la continuo elaborando, pues resulta compleja y requiere además de su propio tiempo de maduración, así pues lo que se presenta es una exposición de un particular fenómeno, quedando reservada una segunda parte a una propuesta ética para asumir el fenómeno en cuestión; la primera parte se dedicará entonces a la descripción, la segunda a la prescripción. La segunda advertencia es que, si bien es un estudio producto de un ejercicio filosófico, no está destinado exclusivamente a los filósofos. El lector podrá estar tranquilo, con la confianza de que no tropezará o se verá detenido con numerosos y duros tecnicismos o pesadas notas al pie con referencias eruditas. La intención fue estudiar el pesimismo mexicano en su manifestación inmediata, no estudiarlo como el producto de una teorización de escritorio, es decir, buscamos reflexionar sobre cómo se vive el pesimismo en México, no cómo se piensa. Hemos querido, pues, estudiar una realidad con la filosofía, no estudiar una teoría con la filosofía. Para los filósofos que lean este trabajo, me permito recordarles y abogar en mi defensa, que es a la realidad a la que nos debemos en primer lugar, y que la realidad no habla un lenguaje abstruso y técnico, su lenguaje es transparente, a veces tanto que se recela de tal claridad, entonces se comete el error de complicarla, siguiendo la ecuación de que a mayor oscuridad y carácter abstruso del lenguaje más hondamente se está buceando en la realidad.

Así pues, apegándonos a la naturaleza sin tecnicismos filosóficos nos enfocamos en un pesimismo específico, que, a falta de un término mejor, he denominado “pesimismo vital” o, si se quiere, pesimismo preteórico y que caracteriza esta latitud, México. Un pesimismo que se vive y asume no como resultado de un logos, sino como un pesimismo que se asume desde la vida con poca o nula mediación filosófica. Hago la advertencia y el llamado al lector a evitar reducir este pesimismo vital a un temple anímico, ya que de hacerlo estaríamos conduciendo la presente teoría a un estudio de la vida mental, cerrando el paso al pensar filosófico desde la cotidianidad.

En México hay pesimismo más allá de las facultades de filosofía, existe y anida en la sociedad, los hilos de la cotidianidad tejen la estera que muestra a una sociedad pesimista, aunque desde un academicismo esa actitud frente a la vida podría parecer poco honorable, tal consideración es un tanto estrecha de miras, pues no sólo por la vía filosófica se puede llegar al pesimismo, sendas hay distintas¹. ¿Es más honroso el pesimismo que se produce por la reflexión o lo es también aquel pesimismo preteórico? Es quizá aquel que vive el pesimismo sin mediación filosófica, quien lo viva en un estado más puro; sea filosófico o vital, al final el pesimismo se traduce en una actitud ante la vida. Así como es más loable un boxeador que a base de constantes entrenamientos y combates sube al ring, que aquel que sube con un manual teórico en mente; pues son los constantes entrenamientos y combates los que han encarnado en sus golpes y movimientos, los que han hecho de su boxeo algo natural. Del mismo modo la serie constante de miserias, incertidumbres, penas o carencias son las que se han encarnado en una gran cantidad de mexicanos haciendo del pesimismo algo natural en ellos. Aquí surge una pregunta necesaria, basada en las importantes investigaciones antropológicas, sociológicas y filosóficas sobre la cultura mexicana. ¿Es el pesimismo del mexicano algo original o es producto de una influencia externa? Varios autores han señalado el mimetismo que caracteriza al mexicano al momento de forjarse una cultura, pero ¿por qué imitaría el pesimismo? No es que esto sea imposible, pero tal imitación, que la hay, aplica a élites, es más esnobismo o moda, tal como ocurrió con el romanticismo o el existencialismo en sus épocas; lo que queremos señalar es que el pesimismo en los mexicanos no está limitado o reducido a un sector minoritario, por lo que no puede considerarse resultado de un mimetismo. El pesimismo es originario y en tanto tal tiene un fundamento esencial, es una expresión del espíritu mexicano, que ha sido fertilizado idóneamente por circunstancias para su expansión y permanencia. Así pues, por un lado, está el espíritu con tales disposiciones, por otro lado, la conquista y radical violentación que supuso esto

¹ Sobre esto último me gustaría enfatizar, pues cuando presenté este trabajo en un reciente congreso, la aclaración fue omitida, se objetó que lo expuesto no era pesimismo como tal, reduciendo nuestra tesis a una descripción del cinismo mexicano, acompañado de ejemplos de descarrilamiento moral; no concebían que el pesimismo pudiera manifestarse sin haber filosofado, es decir, vitalmente. La objeción presentada asumía el término pesimismo como asunto meramente filosófico, al cual se accede por metodologías del pesimismo filosófico decimonónico y sus escuelas; tal premisa recuerda la postura de algunos estoicos romanos sobre el suicidio, el cual encomiaban y aplaudían cuando era llevado a cabo por sabios, filósofos o nobles, en cambio, si alguien del vulgo cometía suicidio se lo consideraba como reprochable e indigno, porque el hombre vulgar actuaba no guiado por la razón o la sabiduría.

a las sociedades prehispánicas, los siglos de colonialismo y una independencia tumultuosa e inacabada, condiciones que suman siglos difíciles de borrar de tajo.

El pesimismo antes de la filosofía

La filosofía como pensar riguroso sobre la totalidad, en el curso de su historia muestra una inclinación a concentrarse en los fenómenos o entes de manera aislada, para posteriormente de ahí formar una cosmovisión. En su momento se concentró en el devenir, en la permanencia o en el ser, tuvieron que pasar decenas de siglos para que se concentrara en el mal y el sufrimiento de manera sistemática y no como complemento, dando origen al pesimismo filosófico. Esto no significa que sin filosofía el mal y el sufrimiento hayan permanecido sepultados, de hecho, fueron externados en una actitud pesimista, sin necesidad de la filosofía desde antes de los albores de esta. Es por ello por lo que nos atrevemos a considerar a la mexicanidad como un ejemplo claro de pesimismo preteórico o prefilosófico en estas latitudes; en otros términos, los mexicanos son pesimistas aun cuando no han meditado sobre el porqué, el cómo y el qué de su pesimismo, lo viven irreflexivamente, lo suyo es férrea convicción y no pensamiento riguroso, su pesimismo es una expresión de su ser exento de teorización. El dolor y el sufrimiento tiran de nosotros, mientras que entidades abstractas como el ser o el número reposan ajenos hasta ser descubiertos, al ser se llega luego de escalar varios peldaños teóricos, en cambio, el dolor nos llega inmediatamente. No es extraño que el sentir acapare la atención antes que cualquier entidad abstracta.

¿Por qué, siendo el dolor y el sufrimiento tan inmediatos, tan vívidos, no fueron de los primeros problemas que se planteó la filosofía? ¿Por qué el desasosiego no fue considerado apremio teórico? ¿O es que los griegos, que fundaron la filosofía y sus objetos de estudio, no padecían penurias? Es difícil suponer que el espíritu griego era insensible o reacio al sufrimiento. Los motivos de la exclusión del sufrimiento se encuentran en otras causas y no en un espíritu tosco o rudimentario. Fue su espíritu sensible el que posibilitó el desarrollo y perfeccionamiento del magnífico arte eterno que lo caracteriza y fue aquí donde el sufrimiento fue encauzado o sublimado a través de la tragedia, arte que se pregunta por la condición finita del ser humano frente a los dioses y la naturaleza, algo de lo que la filosofía no se ocuparía con entereza, dejando a la tragedia con estos problemas. Con el paso del mito al logos, cabe recordar que el problema dominante fue el arché, el origen del universo, el logos o la razón fue concentrada en la pregunta por el origen del todo, es decir, la preocupación se dirigía a aquello de lo cual todo había surgido, no habiendo pautas para detenerse en cuestiones particulares, pues de hecho todo particular remitiría al arché. Con Sócrates y la filosofía posterior se consolidaría una nueva vía a seguir, dejando al margen una vez más problemas como el mal y el sufrimiento, en su lugar, la filosofía estaría priorizando la vida teórica (bíos theoretikós), trayendo como consecuencia el eclipsamiento de la corporalidad, ya que esta nos mantendría en la esfera de la animalidad.

La tradición filosófica de excluir a la corporalidad fue algo con lo que rompió Schopenhauer, fundador del pesimismo filosófico. Este es uno de los más grandes aciertos y revalorizaciones que han acontecido en la historia de la filosofía, pues el cuerpo es una ramificación del todo y es por él que estamos vinculados a ese núcleo (Kern) o arché. Con la corporeización de la filosofía aquella dimensión, menguada durante milenios, permitió concentrar la filosofía en aspectos soterrados y que hacen su llamado desde la corporalidad, tales como el dolor y el sufrimiento. La filosofía ahora se permitirá pensarlos; inquieta, por supuesto, cómo algo tan cotidiano como el dolor y el sufrimiento permanecieron al margen, no comprometiendo una seria reflexión filosófica después del declive de la tragedia griega, que llevaba la batuta sobre estos rubros de la existencia, para ello tuvo que esperar a la filosofía de Arthur Schopenhauer (s. XIX). Pero, aunque la filosofía schopenhaueriana haya desembocado en un pesimismo filosófico, no significa que el pesimismo no se manifestara en la historia de la humanidad. El pesimismo recorría el orbe antes de toda teorización filosófica. Esta última nos presentaría con rigurosidad y coherencia que la miseria humana, e incluso del universo, es irrefutable.

Del pesimismo vital mexicano

El pesimismo, a diferencia de lo que podría creerse, no sólo se manifiesta en una pasividad o melancolía, estos son solo ejemplos de los efectos que contiene, existen otros tipos. Hay actitudes y posturas que incluso pueden ocultarnos que se originan en el pesimismo y que se nos muestra en la forma en que los

mexicanos viven y moldean su realidad. Como mexicanos descubrimos pronto las miserias de la existencia, la misma que supura la brutal y sangrienta conquista europea padecida en la carne, esto hace que nuestro modo de asumir el pesimismo sea diferente, ya que en ningún momento reflexionamos filosóficamente sobre las miserias de la existencia, no llevamos a cabo una separación objetiva; la precariedad en que vive la inmensa mayoría de los mexicanos no posibilita un distanciamiento pertinente para teorizar la mísera existencia que se tiene, la vida se ocupa en no morir de hambre.

Mencionamos que el pesimismo no únicamente conduce a una pasividad. Por el contrario, por imposible que parezca, el pesimismo conduce a su afirmación, en México esta es la consecuencia mayormente extendida. El pesimismo vital mexicano es una fehaciente afirmación del pesimismo, se afirma que nuestras condiciones existenciales son pésimas, no obstante, el espíritu no se inactiva, ni tampoco se valora que es preferible la no existencia a la existencia, demostrándose así que el pesimismo no tiene como consecuencia lógica y necesaria el suicidio. El pesimismo vital mexicano muestra que no es necesaria una filosofía, aun sin dar este paso se tiene un “juicio” que genera una actitud pesimista ante la realidad. Aunque nuestra percepción no cuente con el rigor y el análisis necesarios para ser considerada filosófica, es lo bastante convincente. ¿Es la realidad *prima facie* lo bastante miserable como para que no quepa duda? ¿O es algo del espíritu mexicano que se expande fuera de sí, permeando la realidad externa con su pesimismo? Sin ningún rigor y sistematicidad del pensar, el mexicano ha llegado a la misma conclusión que una corriente filosófica, la filosofía podrá señalar limitaciones y carencias lógicas, rigurosas o teoréticas, pero no puede negarle su condición esencial de pesimismo, tampoco podría pasar por alto, so pena de caer en arbitrariedad, que el pesimismo mexicano es más antiguo y que continúa aún presente, a diferencia del pesimismo filosófico europeo, que apenas logró permanecer esplendoroso un siglo, hoy se escuchan languidecidos ecos que se alejan de su fuente con el transcurrir de los años.

El pesimismo vital del mexicano no es una imitación europea, no comparten origen ni destino, el nuestro es también un pesimismo original. Original porque se origina bajo determinadas circunstancias, original porque emana en una latitud y en un tiempo alejado radicalmente de las circunstancias europeas. El modo mexicano de aligerar la carga de una existencia dolorosa consiste en corporalizar. La visión pesimista de la existencia se ha sembrado en nuestro cuerpo, sentimos el desasosiego, por ende la respuesta es hacer sentir al cuerpo algo diferente, de aquí la corporalidad como respuesta al pesimismo; mientras la filosofía europea iniciaba un camino a través de la corporeidad en el siglo XIX, aquende hacía tiempo que dolores y sufrimientos habían generado en el espíritu una visión pesimista de la realidad, la cual recibida por la corporalidad dará una respuesta nacida de la misma corporalidad.

Algunos de los hábitos y costumbres de la sociedad mexicana emanan de un pesimismo vital. La risa, el derroche, el hedonismo, la osadía y la corrupción son sólo algunos ejemplos de cómo se vive un pesimismo preteórico. La estratificación de la sociedad mexicana no limita nuestra postura, tanto el rico como el pobre ríen ante la miseria, el rico y el pobre derrochan ante el desamparo, uno en lujos, el otro en festividades que difícilmente pueden costearse como el bautizo o la graduación de sus hijos.

Ya hemos mencionado que el mexicano no pasa por una actitud filosófica ante las miserias de la vida, sin embargo, ha llegado a la misma conclusión que la filosofía pesimista sobre la sinrazón y la miserabilidad de la existencia, las únicas diferencias que pueden ser señaladas radican en los caminos que las condujeron al mismo destino. Tanto el filósofo como el más ordinario mexicano coinciden en aspectos sórdidos de la realidad, ambos pueden ser llevados a la pérdida de la esperanza, además de la tristeza o el desasosiego, puede surgir un sentimiento derrotista o un estado de indefensión, esto último es común en el espíritu mexicano, en su afirmación de una pésima existencia, impregna su espíritu y ánimo de derrotismo, de aquí lo paradójico que resulta el que nuestra nación, siendo tan trabajadora, no termine triunfando sobre sus miserias. A diferencia de la creencia popular según la cual los mexicanos somos perezosos y huimos del trabajo, lo cierto es que nunca se ha dejado de trabajar por muy sombrío que se manifieste el horizonte, sin embargo, todas nuestras energías puestas en el trabajo están impregnadas del derrotismo, trabajamos conscientes de que al final no producirá un cambio real en nuestra situación; tan solo, no nos dejamos morir, pues no somos tan cobardes, sino lo bastante valientes para luchar contra una realidad que terminará engulléndonos, si bien moriremos en la lucha y no recogidos sollozando.

De las manifestaciones vitales del pesimismo en México

El mexicano es pesimista y como tal vive su vida, la jovialidad, la festividad, el colorido y lo barroco con que se rodea no deben confundirnos, llevándonos a la creencia de que nuestra concepción de la realidad predica de ella que es óptima; a decir verdad, la causa de estas expresiones es el pesimismo en su afirmación, el sentimiento de que la vida no tiene valor alguno, lo que subyace es la afirmación de la miseria y el dolor que estaría siendo paliado. Contrario a la hegemonización de las culturas, existen y persisten características propias del mexicano que no han sido arrancadas por ella. Son estas actitudes las que nos permiten considerar la existencia de un pesimismo mexicano. Un análisis de la cotidianeidad revela el trasfondo derrotista que conlleva un tipo específico de vida. A continuación, enunciaremos sucintamente algunas características de la mexicanidad que muestran el trasfondo pesimista que propone nuestra tesis; por motivos de extensión para su publicación, no es una enumeración completa, ni tampoco una descripción minuciosa, histórica y detallada, esperamos que el lector disculpe estos inconvenientes, sin embargo, creemos no haber descuidado el quid de la cuestión. Recurrimos a un listado para dinamizar la exposición, el lector podrá darse cuenta de que cada uno de estos rubros está concatenado, de tal manera que uno revela la identidad del otro incluso antes de ser nombrado el siguiente, verá también que el rubro mencionado con anterioridad está presente en el nuevo.

México se asume como una nación de valientes, personas a las que no les importa correr riesgos ni poner en jaque la vida misma, si con ello se consigue lo deseado. Esto se incardina en una de las creencias más arraigadas y extendidas, presente en nuestra música, nuestro cine, nuestras epopeyas y que se resume en el adagio mexicano: “La vida no vale nada”. Con una concepción de esta índole, al mexicano se le abren dos caminos, a saber, lo activo o lo pasivo, ser valiente o ser cobarde. Hemos de aclarar que la idea de valentía del mexicano está mal encaminada y carece de virtud y por ello es la responsable de muchas barbaries a lo largo de nuestra historia, así como de nuestro presente, aunque hay casos puntuales y escasos en que la valentía se ha originado de otras fuentes y ha culminado en heroísmo, esto es más la excepción que el común denominador. Si no hay un valor real de la vida, si esta no vale nada: ¿Qué se está arriesgando con una osadía? ¿Acaso no la haría menos aciaga si arriesgándola se consigue incluso el deseo más estúpido como el probar ser más que el otro? Asumir que no hay valor en la existencia no impide darle alguno, desde una lógica muy particular, vale más una persona osada que ha burlado a la muerte o que muere en el intento, que aquella que se recoge en su pusilanimidad, entregada y disminuida en una vida sin sentido, desde esta peculiar desvalorización surgen arrebatos por hacer de la vida algo relevante y valiosa, pero no a través del trabajo constante y arduo; el mexicano pesimista que no encuentra valía, ni sentido en la existencia suele considerar que la manera de resarcir las carencias es por medio de actos inmediatos, desde el arrebato, así es como topamos con el conductor imprudente, el buscapleitos, el macho jactancioso, el que se juega un albur o el sicario. Esta actitud pesimista, en la que se reconoce una carencia de fundamentos en los valores, conlleva un debilitamiento del contrato social, que ha posibilitado la transgresión de las leyes y normas sociales; si el trasfondo de la existencia no contiene un fundamento, ¿en qué se cimentarían las leyes? Las consecuencias son evidentes, corrupción, criminalidad, delitos que se ejecutan a la vista y quedan impunes (robo de servicios, privatización ilegal de bienes comunales, daños a la vida animal, al medio ambiente y a la propiedad ajena, etcétera). Esto no es algo que realice exclusivamente la clase social pobre, es más vistoso porque es mayor el número de pobres en este país, empero, también la clase social alta lleva a cabo estas acciones, que, aunque sus violaciones al contrato social sean menores en número, son profundas. Este pesimismo vital es una de las causas fundamentales que llevan al debilitamiento del contrato social; ante las consecuencias de su languidez, es inevitable que otros individuos contribuyan a transgredirlo, no por un pesimismo, sino por su decepción, encono e impotencia ante las injusticias, lo que les despertaría o atizaría su pesimismo vital, estamos encerrados así en un círculo vicioso. La transgresión a las leyes y normas se acompaña también con la transgresión a la moral, esto lleva a la relativización, no a la creación de mejores principios, un espíritu creativo no es todavía lo común en nuestra sociedad mexicana, sino que abrazados a una relatividad moral se opta por qué obedecer y qué no, así como también cuándo obedecer y cuándo no, este relativismo moral es más común en la clase media de este país. Es consecuente que nuestro pesimismo arrase con el fundamento de la moral, dejando en su lugar un relativismo moral, endeble pestillo que mantiene cerrada la puerta al bellum omnium contra omnes.

Otra manifestación del pesimismo es el derroche, como mencionamos anteriormente, el mexicano da una respuesta corporalizada ante las miserias padecidas. Así derrocha en goces y placeres hedonistas,

grandes fiestas con comida y bebida por motivos tan dispares: bautizos, graduaciones, bodas, cumpleaños, fiestas patronales. El derroche ha de anegarle y hacerle olvidar al menos durante el festejo su condición mísera; el colmo de la ironía: el mexicano es capaz de endeudarse y cargarse más penurias con tal de cumplir con la celebración. El futuro no es algo esperanzador para el mexicano sino sólo la continuación de sus penas y el arribo de nuevas; de aquí que no importe el derroche a costa de una gran deuda, pues la penuria es algo a lo que se ha acostumbrado y es lo único que sabe asegurado.

La convicción de que la miseria es un fatídico destino ha hecho germinar el conformismo, minando el espíritu al grado de renunciar a todo intento de superar o transgredir la situación, lo anterior no sólo se manifiesta en el grueso de nuestra población que sobrevive con ingenio y azar a las interminables penurias en el más sórdido anonimato. El conformismo también sale a flote en la gran mayoría de los mexicanos, que han logrado, por azar, alcanzar un sitio descollante ante los demás compatriotas o incluso ante el mundo, pero una vez en la cima, sin haber logrado desterrar ese espíritu derrotista que late en el fondo de su ser y sin ningún hábito de perseverancia, no le queda otra salida más que el conformismo, así, bajo la creencia de que no es necesario más esfuerzo o más trabajo, sólo le espera una inminente caída. Ejemplos de esto son típicos en los deportistas, artistas y científicos mexicanos, que como estrellas fugaces iluminan la nocturna espesura del cielo por un momento, pero habrán de desaparecer eclipsados por las fauces de la bóveda celeste.

El apolítico es el mexicano que desprecia la política, sólo tiene diatribas contra ella que heredará a las siguientes generaciones, a causa de los perniciosos gobiernos que son más comunes en su historia, ¿qué podría esperar de los gobernantes si también ellos han emergido de ese pesimismo vital? Ellos también ejercen el relativismo moral, el hedonismo, el conformismo y contribuyen cínicamente al debilitamiento del contrato social. El abstencionismo del ciudadano, así como la creencia de que su deber se limita al breve lapso del sufragio, hacen del apolítico el claro ejemplo de un pesimista, que ve a los gobernantes únicamente como administradores para repartir dádivas y dar soluciones a los más dispares inconvenientes, mientras los gobernantes en su papel apolítico se asumen como ese padre o esa madre que protege al hijo ignorante y menesteroso; no ven a la política como un poder que podría lograr cambiar su situación lamentable, ni tampoco lo exigen. Este arquetipo no espera nada de la política, desconoce o sencillamente no quiere saber de lo que es capaz una política virtuosa, tan derrotado está su espíritu que no hay motivos para dedicarle tiempo y esfuerzo.

El pesimismo en el mexicano se deja ver en el desencanto por la vida, la naturaleza, la política o el saber, su ánimo se ve condicionado por ello; no obstante, el mexicano no permanece en la pasividad, acepta lo que tiene y se activa, pero sin la menor esperanza. El mexicano no puede ver en el trabajo un poder redentor y reconstitutivo de su situación, apenas es un medio para no morir de hambre, estamos frente a la consecuencia propia de la desmoralización del trabajo, que históricamente no ha podido ayudar a los mexicanos a paliar o hacer menos penosa su situación por medio de la remuneración, el nuestro es el trabajo que siempre se queda corto o lejos de la meta, al menos quedar cada vez más cerca nos motivaría a perseverar, pero históricamente no ha sido así para la gran mayoría de los mexicanos, por eso es que renuncia a un tipo de esfuerzo sostenido con miras puestas a nuevas costas, en su lugar puede claudicar torpemente en favor de lo expedito; de aquí la inclinación a salidas rápidas, creemos en milagros, en divinidades asistenciales, recurrimos a rituales mágicos, brujería, santería, chamanismo; somos partidarios del influyentismo o la corrupción, porque esto nos sacará pronto, al menos en parte o por un tiempo, de nuestro estado de indefensión. Buscamos una pronta salida, la espera no es algo a lo que estemos habituados, de aquí que sea tan fácil caer en la transgresión de normas y leyes, y que sea tan fácil hacer más grande el leviatán del narcotráfico, por ejemplo. Aquellos individuos que se suman a las filas del narcotráfico, en su mayoría lo hacen porque ven una solución rápida a su miseria, aunado a que correr el riesgo compagina con la concepción y el estereotipo de la valentía, promoviendo así los males de nuestra sociedad pesimista.

Así como el pesimismo en México cuenta con sus particulares manifestaciones, así también le es posible contar con su redención. Entre las respuestas o propuestas que el pesimismo filosófico europeo ha dado se encuentran el ascetismo, el esteticismo o el suicidio heroico; hemos de tener en cuenta que nuestro pesimismo, al ser vital, no podría desde sí mismo pretender una redención, este es trabajo del filósofo mexicano, su capacidad y cualidades de teorización lograrán la redención o el encauzamiento virtuoso del pesimismo vital mexicano, pues como hemos podido constatar, parte de nuestro pesimismo se sostiene en prejuicios, la filosofía mexicana estará para destruir esos prejuicios y acceder a un pesimismo más complejo, pero también moldeable. El pensador ha de situarse, vincularse a su situación

vital y comenzar a reflexionar nuestro propio pesimismo y actitud ante la vida para encaminar la existencia.

No olvidemos que la filosofía históricamente ha orientado a la existencia que tematiza, existencia que se desenvolvía en los ámbitos vitales o preteóricos; con ella podemos obtener recursos con los cuales dar una respuesta constructiva o creativa al pesimismo, justificar y engrosar teóricamente derrotismo y nihilismo no hará mucha diferencia en el pesimismo vital tal como se manifiesta hasta ahora. La vía por seguir es la activa o creativa. En otras palabras, la filosofía tiene la encomienda de teorizar el pesimismo mexicano, analizarlo a fondo para ver sus posibilidades de manifestación, es decir, no quedarse en el mero conocimiento de qué o cómo es el pesimismo mexicano, sino que también habrá de encauzar la existencia desde la sabiduría práctica. La actual manifestación del pesimismo vital es desmesurada, desbordante y en algunos rubros prejuiciosa, sin embargo, también guarda en su seno otras posibilidades de manifestación y sobre todo la posibilidad de moldearse o sublimarse. Teniendo en cuenta el carácter del mexicano, ese arrojo y desmesura, habrá pues que recurrir a la prudencia (*φρόνησις*), e iniciar con un ethos que reconstituya al mexicano y su forma de morar, si bien se trataría de un ethos pesimista, no necesariamente ha de conducir a un anquilosamiento derrotista, tampoco a la creación de esperanza y consuelo, existen posibilidades como que el arrojo se convierta en hazaña o un heroísmo virtuoso a pesar de lo aciago; posibilidades como una politización de la existencia o la ontologización ética del trabajo, respuestas creativas y no la resignación pasiva ante el mal y el dolor, donde los mexicanos arrosten el vacío y puedan domarlo. Esto es lo que hemos prometido desarrollar en la segunda parte de este trabajo: concretar un pesimismo filosófico original, esto es posible desde estas latitudes, un pesimismo filosófico mexicano que puede recurrir a los antecedentes filosóficos europeos sin caer en el desarraigo, un pesimismo filosófico original que promete mucho debido a su historia y a su autenticidad.

Conclusiones

Como hemos expuesto a lo largo de este trabajo, el pesimismo en México no puede ser entendido como una herencia de la filosofía europea, no se trata de un mimetismo cultural, ni tampoco de fatiga anímica, sino de un pesimismo vital y preteórico que ha encarnado a través de generaciones, constituyéndose, además, como fenómeno histórico. A diferencia del pesimismo filosófico europeo, que llega al desasosiego mediante el rigor de un pensamiento estructurado, el mexicano lo vive de manera inmediata a través de la corporalidad, respondiendo a la miseria de la existencia no con la reflexión, sino con el derroche, la impertinencia y el hedonismo.

Esta investigación revela que, aunque el espíritu mexicano ha caído en el derrotismo, el conformismo y la transgresión de la norma como mecanismos de defensa, tales actitudes son el síntoma de un reconocimiento profundo —aunque irreflexivo— de que la vida carece de un fundamento sólido. Sin embargo, el hecho de que este pesimismo sea original y auténtico abre una oportunidad histórica: la transición hacia un pesimismo filosófico mexicano activo o creativo, también original.

Al apoyarnos en la filosofía y de las redenciones europeas al pesimismo (como el ascetismo o el esteticismo) con nuestra propia experiencia arraigada en la carne, podemos dejar de entregar nuestro destino al azar o al milagro. Reconocer nuestro pesimismo como una condición esencial y comprender que no necesariamente estamos obligados al derrotismo, al relativismo moral y la osadía es el primer paso para construir una filosofía que no nos desahucie, sino que nos permita habitar nuestra latitud con una lucidez genuinamente propia.

Obras citadas

Camus, Albert. *El mito de Sísifo*. Alianza Editorial, 2006.

Mas Torres, Salvador. *Ethos y pólis: Una historia de la filosofía práctica en la Grecia clásica*. Ediciones Istmo, 2003.

Nicol, Eduardo. *Psicología de las situaciones vitales*. Fondo de Cultura Económica, 1975.

Ramos, Samuel. *El perfil del hombre y la cultura en México*. Espasa-Calpe, 2006.

Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*, vol. 1, Trotta, 2010.

Zea, Leopoldo. *Conciencia y posibilidad del mexicano*. Porrúa, 2001.

Zea, Leopoldo. *El occidente y la conciencia de México*. Porrúa, 2001.

Zea, Leopoldo. *La filosofía americana como filosofía sin más*. Siglo XXI Editores, 2007.